

El primer amor de Febo fue Dafne, la hija del Peneo, y no fue producto del ciego azar, sino de la violenta cólera de Cupido I. A éste lo había visto el Delia " orgulloso de su victoria sobre la ser-
455 piente, en el momento en que el otro doblaba los extremos de su arco tirando de la ~uerda, y le dijo: "¿Qué tienes tú que ver, niño retozón, con las armas de los valientes? Llevar esa carga me cuadra a mí, que sé dirigir golpes infalibles a una fiera o a un ene-
460 migo, que hace poco he tendido por tierra, hinchada por mis innúmeras flechas, a Pitón', la aLmaña que con su vientre venenoso oprimía tantas yugadas de tierra. Tú conténtate con estimular con tu antorcha no sé qué pasiones amorosas, y no trates de aspirar a la gloria que me es propia." A lo que respondió el hijo de Venus: "Aunque tu arco atravesase todo lo demás, el mío te va a atravesar a ti, y en la misma medida en que todos los animales son inferiores a la divinidad, otro tanto es menor tu gloria que la mía". Dijo, y batiendo las alas se abrió camino por los aires y fue raudo a detenerse en la ~ombreada cima del Parnaso, donde sacó de su aljaba portadora de flechas dos dardos de diferente efecto; el uno hace huir al amor, el otro lo produce. El que lo produce es de oro,
470 y resplandece su afilada punta; el que lo hace huir es romo y tiene la caña guarnecida de plomo. Este fue el que clavó el dios en la ninfa del Peneo, mientras que con el otro hirió hasta la médula de Apolo después de atravesarle los huesos. En el acto queda el uno enamorado; huye la otra hasta del nombre del amor, y se
475 complace en las espesuras de las selvas y en los despojos de las fieras que cautiva, émula de la virginal Febe'; una cinta sujetaba sus cabellos a.bandonados en desorden. Muchos la pretendieron, pero ella rechaza a sus pretendientes y, libre de marido al que no soportaría, recorre los parajes más solitarios de los bos-
480 ques y desdeña enterarse de lo que es el Himeneo " el Amor o el lazo conyugal. Muchas veces le dijo su padre: "Un yerno me debes, hija". Muchas veces le dijo su padre: "Me debes nietos, hija mía". Ella, que odiaba como un crimen las antorchas nupciales, mostraba su bello rostro teñido de avergonzado rubor y, en los brazos aca-
485 riciantes de su padre y colgada de su cuello, le decía: "Concédeme, padre mío querido, poder disfrutar de una virginidad perpetua; también a Diana se lo concedió su padre." El desde luego atendió a sus ruegos; pero a ti tu mismo atractivo te impide lograr lo que deseas, y tu hermosura se opone a tus anhelos. Febo está enamo-
490 rada, ha visto a Dafne y ansía unirse a ella; lo que ansía, espera conseguirlo, y le engañan sus propios oráculos. y como arden las pajas livianas una vez despojadas de las espigas, como se incendian los cercados por las antorchas que acaso un viandante ha acercado en demasía o abandonado al aproximarse el día, así se
495 encendió en llamas el dios, así se quemaba su corazón entero y con sus esperanzas alimentaba un amor estéril. Advierte que sus cabellos le caen por el cuello sin aliño y se dice: "¿y si se los peinara?".

Ve sus ojos que resplandecen como ascuas y semejantes a
500 estrellas, ve su boca, que no basta con ver; se extasía con sus dedos
y manos, con sus brazos y con sus antebrazos desnudos en más de
la mitad; y las partes ocultas las supone mejores aún. Pero ella
huye más veloz *que* la brisa ligera, y no se detiene a estas palabras
con que él la llama: "Ninfa, por favor, Peneide, deténte; no
soy un enemigo que te persigo; detente, ninfa. Así huye la cordera
505 del lobo, así la cierva del león, así las palomas, con las alas revoloteando,
del águila, cada una de sus enemigos; el amor es el
motivo que tengo para seguirte. ¡Desgraciado de mí! No vayas a
caerte de bruces, no vayan las zarzas a señalar tus piernas que no
merecen *ser* heridas, y no vaya yo a ser causante de tu dolor. Son
510 fragosos los parajes por donde te precipitas; no corras tanto, yo te
lo pido, y modera tu huída; también yo te seguí más despacio.
Fero entérate de a quién gustas; no es un habitante del monte, no
soy un pastor, no un *ser* repelente que guarde aquí vacas o rebaños
de ovejas. No sabes, temeraria, no sabes de quién huyes, y por
515 *eso* huyes. A **mí** me obedecen como esclavas la tierra de Delfos y
Claros y Ténedos y la residencia real de Pátara'; Júpiter es mi padre;
por mediación mía se revela tanto lo que será como lo que ha
sido y lo que es; gracias a **mí** suena el canto en armonía con las cuerdas.
Infalible es mi flecha, desde luego, pero hay una que lo es aún
520 más que la mía, y que ha causado una herida en **mi** corazón antes
intacto. Invento mío es la medicina, en todo el mundo se me
Hama auxiliador, y el poder de las hierbas me está sometido. ¡Ay
de mí, porque ninguna hierba es capaz de curar el amor, y no
sirven de nada a su señor las artes que sirven a todos los demás!"
525 Aún iba a seguir hablando cuando la Penea huyó a la carrera,
despavorida, y al abandonarlo dejándolo con la palabra en la boca,
aun eEntoncesle pareció agraciada; el viento le descubría las formas,
las brisas que se le enfrentaban agitaban sus ropas al choque,
y un aura suave le empujaba hacia atrás los cabellos; con la
530 lluída aumentaba su belleza. Pero el joven dios no puede soportar
por más tiempo dirigirle en vano palabras acariciantes, y, obedeciendo
a los consejos de su mismo amor, sigue sus huellas en
carrera desenfrenada. Cuando un perro de las Galias 2 ha visto
a una liebre en campo abierto, mientras él busca el botín con la
535 ligereza de sus patas, la liebre busca la vida; el uno parece que va
a hacer presa, espera conseguirlo de un momento a otro y con el
hocico tendido va rozando las huellas; la otra está en la incertidumbre
sobre si estará ya apresada, se arranca de las fauces mismas
de su perseguidor y deja atrás el hocico que ya la tocaba;
así corren veloces el dios y la muchacha, él por la esperanza, ella
540 por el temor. Sin embargo el perseguidor, ayudado por las alas del
amor, es más rápido, se niega el descanso, acosa la espalda de la
fugitiva y echa su aliento sobre los cabellos de ella que le ondean
sobre el cuello. Agotadas sus fuerzas, palideció; vencida por la

fatiga de tan acelerada huída, mira a las aguas del Peneo y dice:
545 "Socórreme, padre; si los ríos tenéis un poder divino, destruye,
cambiándola, esta figura por la que he gustado en demasía" '. Apenas
acabó su plegaria cuando un pesado entorpecimiento se apodera
de sus miembros; sus suaves formas van siendo envueltas
por una delgada corteza, sus cabellos crecen transformándose en
550 hojas, en ramas sus brazos; sus pies un momento antes tan veloces
quedan inmovilizados en raíces fijas; una arbórea copa posee
el lugar de su cabeza '; su esplendente belleza es lo único que de
ella queda. Aun así sigue Febo amándola, y apoyando su mano en
el tronco percibe cómo tiembla aún su pecho por debajo de la
555 corteza reciente; y estrechando en sus brazos las ramas, como si
aun fueran miembros, besa la madera; pero la madera huye de
sus besos. y el dios le habla así: "Está bien, puesto que ya no
puedes ser mi esposa, al menos serás mi árbol '; siempre te tendrán
mi cabellera, mi cítara, mi aljaba; tú acompañarás a los
500 caudillos alegres cuando alegre voz entone el Triunfa 1 y visiten
el Capitolio' los largos desfiles. También tú te erguirás ante la
puerta de la mansión de Augusto, como guardián fidelísimo, protegiendo
la corona de encina situada entre ambos quicios "; y
del mismo modo *qu* *mi* cabeza permanece siempre juvenil con
565 su cabellera intacta, lleva tú también perpetuamente el ornamento
de las hojas." Terminó de hablar Peán '; el laurel asintió con
sus ramas recién hechas, y parecía que, como cabeza, agitaba su
copa.

LIBRO DÉCIMO

De allí se aleja el Himeneo, cubierto por azafranado manto,
atravesando el cielo inmenso, y se dirige a la región de los Cícones
1, y en vano lo llama la voz de Orfeo 2. Presente estuvo, sí, pero
5 ni llevó allí palabras rituales ni rostro gozoso ni favorable presagio.
Incluso la antorcha que sostenía no dejó de chisporrotear
produciendo un humo que hacía brotar las lágrimas, y no logró,
por más que se la movió, dar llama alguna. El resultado fue aún
más grave que el augurio: pues la recién casada 3, durante un
paseo en el que iba acompañada por un tropel de Náyades 4, *su-*
10 cumbió de la mordedura de una serpiente en un tobillo 5. La lloró
mucho el artista rodeo 6 en los aires de arriba 7, tras de lo cual,
para no dejar de probar también con las sombras, se atrevió a
descender a la Estige 8 por la puerta del Ténaro 9, y, atravesando
multitudes ingravidas y espectros que habían recibido sepultura 1,
15 se presentó ante Perséfone 2 y ante el soberano 3 que gobierna el
repulsivo reino de las sombras, y pulsando las cuerdas en acompañamiento
a su canto dijo así: "Oh divinidades del mundo situado
bajo tierra, al que venimos a caer cuantos somos engendrados mortales,
si es lícito y vosotros permitís que yo diga la verdad omi-
20 tiendo los rodeos propios de una boca mentirosa, no he descendido
aquí para ver el oscuro Tártaro 4, ni para encadenar las tres gargantas,

provistas de culebras en vez de vello, del monstruo Meduseo
5; el motivo de mi viaje es mi esposa, en la que una víbora,
al ser pisada, introdujo su veneno, y le arrebató sus años en creci-
25 miento. Yo quise ser capaz de soportarlo, y no negaré que lo he intentado;
el Amor ha vencido. Es un dios bien conocido en las regiones
de arriba; yo no sé si también lo es aquí, pero sospecho
que sí lo es también, y si la fama del antiguo rapto no ha mentido,
también a vosotros 6 os unió el Amor. Por estos lugares llenos de
30 espanto, por este inmenso Caos 7 y por el silencio del vasto territorio
yo os lo pido: volved a tejer 8 el prematuro destino de Eurídice.
Todos los seres os somos debidos, y tras breve demora, más
tarde o más temprano, marchamos velozmente al mismo sitio.
Aquí nos encaminamos todos, ésta es la última morada, y vosotros
35 poseéis los más dilatados territorios habitados por la raza humana
I. También Eurídice será de vuestra propiedad cuando en sazón
haya cumplido los años que le corresponden; os pido su disfrute
como un obsequio; y si los hados niegan esta concesión para mi
esposa, yo tengo tomada mi firme resolución de no volver: gozad
40 con la muerte de los dos". Mientras él hablaba así y hacía vibrar
las cuerdas acompañando a sus palabras, lo lloraban las almas sin
sangre; Tántalo no trató de alcanzar el agua que se le escapaba 2,
quedó paralizada la rueda de Ixión, las aves no hicieron presa en
el hígado, y tú, Sísifo, te sentaste en tu peña. Entonces se dice que
45 por primera vez las mejillas de las Euménides, subyugadas por el
canto, se humedecieron de lágrimas, y ni la regia consorte ni el
que gobierna los abismos fueron capaces de decir que no al suplicante,
y llaman a Eurídice. Se encontraba ella entre las sombras
recién llegadas, y avanzó con paso lento por la herida. El rodopío 3
50 Orfeo la recibió, al mismo tiempo que la condición de no volver
atrás los ojos hasta que hubiera salido de los valles de Averno 4;
en otro caso quedaría anulada la gracia.
Emprenden la marcha a través de parajes de silenciosa quietud
y siguiendo una senda empinada, abrupta, oscura, preñada de ne-
55 gras tinieblas, y llegaron cerca del límite de la tierra de arriba.
Allí, por temor a que ella desfalleciese, y ansioso de verla, volvió
el enamorado los ojos, y en el acto ella cayó de nuevo al abismo.
y extendiendo ella los brazos y esforzándose por ser abrazada y
por abrazar, no agarra la desventurada otra cosa que el aire qu
60 se le escapa, y al morir ya por segunda vez no profirió queja alguna
de su esposo (¿pues de qué se iba a quejar sino de que la había
amado?), y diciéndole un último adiós, que apenas pudieron
percibir los oídos de Orfeo, descendió de nuevo al lugar de donde
partiera. Con la doble muerte de su esposa quedó Orfeo no menos
aturdid? que el que vio asustado los tres cuellos del perro 1, de
65 los cuales el central llevaba las cadenas; a aquel hombre no le
abandonó el pánico antes que su anterior naturaleza, pues la piedra
le invadió el cuerpo 2. O que Óleno 3, que se echó la culpa y

quiso pasar por convicto, o que tú, desdichada Letea, ensoberbe-
70 cida de tu belleza, corazones ambos unidísimos en otro tiempo, hoy
peñas que descansan sobre el húmedo Ida.

"Píramo y Tisbe", el uno el más bello de los jóvenes, la otra
sobresaliente entre las muchachas que tenía el Oriente, ocupaban
dos casas contiguas, allí donde se dice que Semíramis ciñó de
muros de tierra cocida su elevada ciudad '. La vecindad les hizo
conocerse y dar los primeros pasos; con el tiempo creció el amor;
60 ellos habrían querido celebrar la legítima unión de la antorcha
nupcial, pero se opusieron los padres; mas, y a eso no podían
oponerse, por igual ardían ambos con cautivos corazones. Ningún
confidente hay entre ellos, por señas y por gestos se hablan, y
cuanto más ocultan el fuego, más se enardece el fuego oculto. La
65 pared medianera de ambas casas estaba hendida por una delgada
grieta que se había producido antaño, durante su constrección.

El defecto, que nadie había observado a lo largo de los siglos.

-¿qué no notará el amor?- vosotros, amantes, fuísteis los primeros
en verlo, y lo hicísteis camino de vuestra voz; y así solhn
70 pasar seguras a su través, y en tenue cuchicheo, vuestras ternezas.

Muchas veces, cuando de una parte estaba Tisbe y de la otra
Píramo, y habían ellos percibido mutuamente la respiración de
sus bocas, decían: "Pared envidiosa, ¿por qué te alza3 como obstáculo
entre dos amantes? ¿Qué te costaba permitirnos unir por
75 entero nuestros cuerpos, o, si eso es demasiado, ofrecer al menos
una abertura para nuestros besos? Pero no somos ingratos; confesamos
que te debemos el que se haya dado a nuestras palabras
paso hasta los oídos amigos."

y después de -hablar así en vano y separados como estaban,
80 al llegar la noche se dijeron adiós, y dio cada uno a su parte besos
que no llegaron al otro lado. La aurora siguiente había ahuyentado
las nocturnas luminarias, y el sol había secado con sus rayos
las hierbas cubiertas de escarcha; se reunieron en el lugar de
costumbre. y entonces, después de muchos lamentos murmurados
en voz baja, acuerdan hacer en el silencio de la noche la tentativa
85 de engañar a sus guardianes y salir de sus puertas, y, una vez
que estén fuera de sus hogares, abandonar también los edificios
de la ciudad; y, para evitar el riesgo de extraviarse en su marcha
por los anchos campos, reunirse junto al sepulcro de Nino 1 y
ocultarse a la sombra del árbol. Un árbol había allí, cuajado de
90 frutos blancos como la nieve, un erguido moral, situado en las
proximidades de un frío manantial. Este plan adoptan; y la luz
del día, que les pareció tardar en alejarse, se arroja a las aguas,
y de las mismas aguas sale la noche. Hábilmente en medio de
las tinieblas hace Tisbe girar la puerta en su quicio, sale, engaña
a los suyos, con la cara tapada llega a la tumba, y se sienta
95 bajo el árbol convenido; el amor la hacía atrevida. He aquí que

llega una leona con el hocico espumeante embadurnado de sangre de unos bueyes que acaba de matar, y con la intención de apagar su sed en las aguas de la vecina fuente. La babilonia Tisbe la vio de lejos, a los rayos de la luna. y con pasos asustados
100 huyó a una oscura cueva; y al huir, cayó de su espalda un velo que dejó abandonado. Una vez que la feroz leona hubo aplacado con abundante agua su sed, al volver al bosque se encontró el tenue velo sin su dueña, y con su boca ensangrentada lo desgarró.
100 Píramo salió más tarde, vio en el espeso polvo huellas seguras de una fiera, y palideció su semblante entero; pero cuando encontró también la prenda teñida en sangre, dijo: "Una sola noche acabará con los enamorados; de los dos, ella era la más digna de
110 una larga vida, mientras que mi alma es culpable; yo he sido quien te he perdido, infortunada, yo que te he mandado venir de noche a un lugar terrorífico, y no he venido aquí el primero. Despedazad > mi cuerpo y devorada a fieros mordiscos estas vísceras criminales, oh leones todos que habitáis bajo esta roca. Pero es de cobardes
115 desear la muerte". Coge del suelo el velo de Tisbe, lo lleva consigo a la sombra del árbol de la cita, y después de dar lágrimas y besos a la conocida prenda, dice: "Recibe ahora también la bebida de mi sangre". y hundió en sus ijares el hierro que llevaba al
120 cinto, y sin tardanza se lo arrancó, moribundo ya, de la ardiente herida. quedando tendido en tierra boca arriba; la sangre salta a gran altura, no de otro modo que cuando en un tubo de plomo deteriorado se abre una hendidura, que por el estrecho agujero que silba lanza chorros de agua y rasga el aire con su persecución. Los
125 frutos del árbol toman, por las cruentas salpicaduras, un tinte oscuro, y la raíz, humedecida en sangre, matiza de color de púrpura las moras que cuelgan.
He aquí que, sin estar libre de miedo todavía, pero para no hacer defección a su amante, vuelve ella, busca al joven con los
130 ojos y con el alma, y arde en deseos de cortarle el enorme peligro de que se ha librado; y si bien reconoce el lugar y la forma del árbol que ha visto, con todo la hace dudar el color del fruto; quédase perpleja sobre si será el mismo árbol. Mientras vacila, ve que unos miembros temblorosos palpitan sobre el suelo ensangrentado;
135 retrocedió, y con el semblante más pálido que el boj sufrió un estremecimiento semejante al del mar que susurra cuando una leve brisa roza su superficie. Mas una vez que, poco después, reconoció
°a su amor, se maltrata con sonoros golpes los brazos que no lo merecían, se arranca los cabellos, y abrazando el cuerpo amado
140 inundó de lágrimas sus heridas y mezcló su llanto con la sangre; y estampando sus besos en el rostro helado gritó: "Píramo, ¿qué desventura me ha dejado sin ti? Píramo, respóndeme; es tu adorada Tisbe quien te llama; escúclame y yergue tu cabeza abati-
145 da". Al nombre de Tisbe levantó Píramo los ojos, sobre los que gravitaba ya la muerte, y después de verla a ella los volvió a cerrar.

Cuando ella reconoció su prenda, y vio el marfil desprovisto de su espada, exclamó: ¡Tu propia mano te ha dado muerte y tu propio amor, infortunado! Para esto sólo tengo yo también una
150 mano fuerte, y tengo también amor que me dará fuerzas para herirme. Iré tras de ti que ya has perecido, y de tu muerte se dirá que he sido yo trágica causa y compañera; y tú, a quien sólo la muerte ¡ay! podía arrancarme, ni aun la muerte podrá arrancarte de mí. Una cosa sin embargo os han de pedir las súplicas de los
155 dos, oh infelicísimos padres mío y suyo, que a aquellos a quienes unió un flel amor y la última hora, no les rehuséis ser sepultados en la misma tumba. y tú, árbol que con tus ramas das sombra ahora al pobre cuerpo de uno sólo, pero pronto la darás a los de los dos, conserva las señales de nuestra ruina, y ten siempre frutos
160 negros y propios para el luto, en memoria de nuestra doble sangre". Dijo, y colocando la punta de la espada bien por debajo de su pecho, se dejó caer sobre el hierro que aun estaba tibio de la otra sangre. Sus súplicas conmovieron a los dioses, conmovieron
165 a los padres; pues el color del fruto, una vez que está bien maduro, es negruzco, y lo que resta de sus piras descansa en una única urna".